

El movimiento de soberanía

Francisco José Ruiz Cervantes
1986

El movimiento de la soberanía es el desesperado intento de la clase dominante local por mantener su área de influencia geográfica libre de toda injerencia político-militar constitucionalista. Se trata, como lo muestran las evidencias documentales a mi alcance, de un movimiento estrictamente regional, sin vincualciones reales a proyectos más vastos, de alcance nacional, como lo pretendió ser en su momento el felicismo.

Si bien se considera que la soberanía se extendió de 1915 a 1920, es necesario distinguir varios momentos dentro de este periodo. Uno primero, que abarca la administración de José Inés Dávila en la ciudad de Oaxaca, y que hemos denominado “el corto periodo de la soberanía”. Este transcurre en condiciones económico-sociales muy difíciles para los sectores “de abajo”, sin que por ello se vea cuestionado su gobierno, legitimado por el apoyo de sectores medios urbanos, la jerarquía católica, la “vallistocracia”, y las armas de las brigadas serranas y su caudillo Guillermo Meixueiro. Podemos decir que en este momento, a pesar del asedio militar del constitucionalismo por el norte, este y sur, el gobierno de la soberanía representa, a pesar de sus limitaciones estructurales, una alternativa de poder a la corriente vencedora de la lucha de facciones.

Tal situación cambia muy rápidamente al culminar la campaña militar carrancista sobre el corazón de la resistencia soberana, la ciudad de Oaxaca. Nada pudieron hacer los contingentes militares de la soberanía al intentar detener en batallas en forma a la



“máquina de guerra” de la División 21, desaprovechando las ventajas que les daba el conocimiento del terreno y las posibilidades de lucha irregular, más acorde con la tradición militar de los serranos. La derrota de Ocotlán, en los primeros días de marzo del año de 1916, determinó el inicio del exilio del régimen davilista, quien se trasladó a la Mixteca, mientras el grueso de las fuerzas defensoras del estado se marchaban rumbo a la sierra Juárez, hecho sobre el que ha existido especulación acerca de las razones de la separación; objetivamente, la división de dos alas resultó desfavorable para el movimiento “soberano”, ya que las posibilidades de coordinación político-militar se vieron limitadas notablemente debido a la distancia existente entre Tlaxiaco e Ixtlán.

El segundo momento abarca de marzo de 1916 a febrero de 1917, es decir, de la instalación del gobierno preconstitucional en la ciudad de Oaxaca, precedida por la ocupación carrancista de ésta y de otras cabeceras distritales de los Valles Centrales por la División 21, a la promulgación de una nueva Constitución en Querétaro el 5 de febrero de 1917.

Militarmente hablando, estos once meses concentran una importante actividad en la posición central del estado, la sierra y la Mixteca: la presencia en el ámbito local de personajes de la talla de Félix Díaz y de José Isabel Robles, le da importancia a este momento singular.

Hay que decir, por principio, que en los primeros tres meses del gobierno preconstitucional los constitucionalistas se mantuvieron en notable calma, absteniéndose de iniciar ofensiva militar alguna, concretándose a organizar el funcionamiento del aparato administrativo estatal y de la ciudad y a resguardar las principales poblaciones de los valles de ETLA, Tlacolula y Ocotlán.



El *impasse* militar se rompería con la llegada a tierras oaxaqueñas del brigadier Félix Díaz, quien tras de un cúmulo de peripecias, venía con las intenciones de echar a andar su proyecto militar: el Ejército Reorganizador Nacional. La derrota de Yucucundo no fue obstáculo para que el “sobrino del tío”, al frente de una columna formada en su mayoría por “soberanistas” mixtecos, atravesaran el valle de Etna y a marchas forzadas arribaran a Ixtlán.

El ataque a la ciudad de Oaxaca en los primeros días de agosto, constituyó la operación militar más ambiciosa de la soberanía en términos de la fuerza concentrada y el objetivo a conquistar; sin embargo, errores de coordinación y poca disposición para combatir determinaron que la suerte fuera desfavorable para los temporales aliados de Félix Díaz, el cual pocos días después salió de la sierra Juárez, hacia los límites del estado con Veracruz, en la región del Istmo, para alcanzar posteriormente territorio chiapaneco, cancelándose así cualquier proyecto común. Recalco esto porque con frecuencia se ha relacionado al soberanismo oaxaqueño de ser parte integrante del felicismo, y la verdad es que para reafirmar el carácter conservador del movimiento soberano, no es necesario ligarlo con las malogradas empresas del “sobrino del tío”.

A mataballo tuvieron que regresar los mixtecos soberanos de la brigada Córdova a su región. A su regreso se encontraron que los carrancistas habían incursionado con éxito en pleno corazón de la soberanía: Tlaxiaco. Para fortuna de su causa, Dávila y su comitiva se encontraban a salvo, pues los “carrancos” reivindicaron el título de “con sus uñas listas” en los comercios de la “ciudad-mercado”, olvidando a sus enemigos.

Los mejor librados fueron los contingentes serranos, quienes permanecieron a la expectativa el día del ataque, concretándose a regresar a su cuartel general en Ixtlán; pero pronto tendrían acción.



La ofensiva carrancista contra la sierra, que tuvo lugar en los dos últimos meses de 1916, se vio acelerada por el desconocimiento que del consitucionalismo hizo la columna mandada por José Isabel Robles, otrora ministro de Guerra de la Convención, el cual después de rendirse de Carranza, fue enviado con su tropa a Oaxaca, a reforzar las fuerzas de la División 21. De tal manera que en octubre, la División Sierra Juárez tenía aliados de calidad, “los villistas” de José Isabel Robles, quien libraría en tierras oaxaqueñas su último combate.

La División 21 subió por el camino de brecha y fue desalojando las avanzadas que cuidaban las entradas de la sierra y con relativa facilidad prosiguió su marcha, hasta ocupar la cabecera del distrito de Ixtlán. Más tarde ocupó la mina de Natividad y otras poblaciones cercanas a la Chinantla, en persecución de Meixueiro y seguidores; sin embargo, ante la perspectiva de enfrentar una dinámica de lucha irregular –que los contingentes de Ibarra comenzaron a practicar con todos los costos de vidas humanas y pérdida de equipo, la expedición constitucionalista regresó por donde llegó, amén de que en el valle de Tlacolula los “villistas” incursionaban con relativo éxito. De hecho, se establecería de ahí en adelante una especie de tregua no decretada, rota de vez en cuando por las incursiones de partidas serranas a los pueblos del valle limítrofes en busca de provisiones, además que los norteños pronto abandonaron la sierra encaminándose hacia la Mixteca.

En la noche del 4 de febrero de 1917, las campanas de los templos de la capital tocaron a rebato, mientras grupos campesinos provenientes de las comunidades vecinas, solicitantes de ejidos, recorrían con faroles las principales calles, celebrando así la clausura del Congreso Constituyente de Querétaro, que un día después promulgaría una nueva constitución. Este medio y las declaraciones que a nombre de la “sociedad oaxaqueña” recibió Meixueiro, le hizo pensar a un sector de la soberanía que era tiempo de ver posibilidades de negociación con Carranza.



Los directores de la política oaxaqueña habían pensado que la ocupación carrancista reforzaría el sentimiento “soberanista” y que la corriente de simpatía y apoyo se mantendría para la causa de Dávila y socios; la fama que los carrancistas tenían reforzaba esta idea. Sin embargo, la “gente de razón”, al ver que los elementos de la División 21 no eran tan fieros como los había pintado la prensa soberanista, ya que sus intereses no se vieron afectados, decidieron que lo más prudente era acomodarse a los nuevos tiempos y dejar de lado los sentimientos regionalistas. El jefe de la División 21 y gobernador del estado aprovechó lo sucedido en Chiapas dos años antes, cuando desempeñó idéntico cargo, así que desarrolló una política tolerante con los oaxaqueños. Meixueiro, político sagaz, a través de sus espías en la ciudad se informó del ánimo de sus paisanos, llegando a la conclusión de que era tiempo de intentar un acercamiento.

El tercer momento lo ubicamos entre febrero de 1917 y mayo de 1919, de hecho un periodo de crisis interna de reacomodos, de derrota en las Mixtecas, que culminan con la toma definitiva de Tlaxiaco y la muerte del gobernador “soberano”, José Inés Dávila, en un oscuro paraje del distrito de Jamiltepec.

Por principio recordemos que las propuestas de acercamiento que los enviados del jefe de las fuerzas defensoras del estado le comunicaron al gobernador Dávila, se estrellaron ante la intransigencia de éste: cualquier intento de negociación era sinónimo de traición.

La negativa trajo consecuencias negativas a la causa soberanista: por un lado, la ofensiva generalizada sobre las posiciones soberanas en la Mixteca, donde a diferencia de lo ocurrido en la sierra hubo comunidades que abrazaron la causa carrancista, más por rivalidades ancestrales que por convicción doctrinaria. Tal ofensiva desembocó en julio de 1918 en la toma de Tlaxiaco, sede del gobierno soberano, el cual a estas alturas era, como lo bautizó un historiador local, “una entelequia”. Dávila y unos cuantos fieles



siguieron el rumbo del sur pasando a Putla y después a Jamiltepec, en la costa oaxaqueña, errando de un lado a otro, hasta que en mayo de 1919 fue sorprendido por una partida federal que le seguía los pasos, muriendo en la escaramuza. Su cabeza cortada fue enviada a Oaxaca como muestra de que la intransigencia “soberana” había desaparecido.

Por lo que hace a la sierra, los resultados del viaje a las Mixtecas y después a la ciudad de México fueron contrarios a los intereses del caudillo serrano, cuyo liderazgo fue cuestionado por el bloque de jefes serranos hasta entonces subordinados suyos y que estaba dirigido por el general Ibarra, el único de los jefes soberanos que podía jactarse de haber derrotado a los carrancistas en la invasión de noviembre-diciembre de 1916. A raíz de este cuestionamiento a su autoridad, el jefe de las fuerzas defensoras del estado —otra entelequia al no contar con la fuerza serrana—, trasladó su cuartel a Villa Alta y más tarde, en 1919, a Miahuatlán, donde operaba con éxito el también “soberanista” Enrique Brena, que al frente de grupos irregulares, mitad bandoleros, mitad guerrilleros, mantenía en jaque al carrancismo en la Sierra Madre del Sur.

El cuarto y último momento va de mayo de 1919 a mayo de 1920, con lo que dura un año completo y está marcado por la conyuntura política que el cambio presidencial cundió en la nación entera. Los jefes militares con mayores posibilidades, Álvaro Obregón y Pablo González, a despecho de los deseos del primer jefe, enviaban respectivamente emisarios de todo el país, a fin de asegurarse la lealtad para el momento decisivo.

A este cortejo no escaparon los opositores locales, los cuales ya divididos, respondieron cada quien con el candidato más cercano a sus intereses. De esta manera, Meixueiro, que había establecido relaciones con Pablo González, de tiempo atrás, las mantuvo y culminó con las conferencias de Coatecas, rendición que le costó el rechazo de los



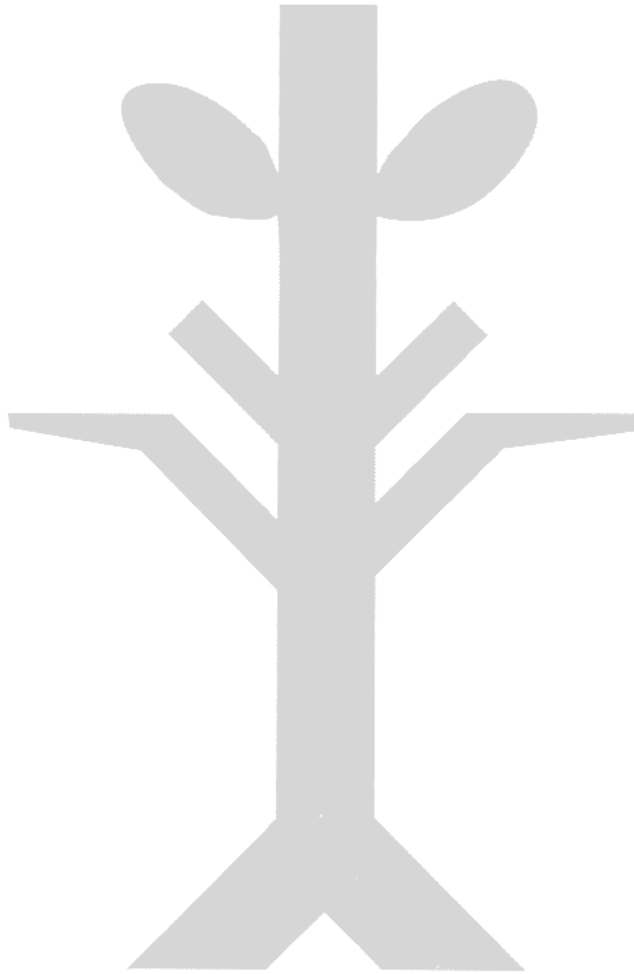
grupos soberanos de la sierra y la Cañada. Por su parte, el nuevo jefe de la División Sierra Juárez y sus colaboradores mantenían las banderas de la intransigencia davilista, y por otra escuchaban las proposiciones de enviados obregonistas.

La llamada rebelión de Agua Prieta vino a definir las cosas a favor de la facción sonorenses que lideraba Obregón. Rápidamente los partidarios del caudillo de Huatabampo, todos ellos jefes de las principales corporaciones militares destacadas en los valles centrales y la Mixteca, se movilizaron para expulsar al entonces gobernador del estado, de filiación carrancista, hecho lo cual pactaron un acuerdo con Ibarra y cubriendo su retaguardia le dejaron libre acceso a la ciudad de Oaxaca.

En lo que algunos han calificado como el único éxito del movimiento soberano, fue nombrado como gobernador provisional, un personaje ligado a los intereses locales de la vallistocracia, abogado de la jerarquía católica. Después de jurar su cargo ante un ejemplar de la Constitución de 1857, Jesús Acevedo desarrolló una política encaminada a proteger y mantener los espacios de poder de aquellos a quienes representaba. Para lograrlo pidió un préstamo a los capitalistas locales, a fin de ordenar las finanzas de su administración; después –y por encima de las rencillas– arregló las cosas para que Meixueiro y su fuerza hicieran su arribo a la ciudad de Oaxaca. Tan pronto como los serranos volvieron a su región, no tuvo empacho en decretar que la Constitución del 17 también estaba vigente en territorio oaxaqueño, con lo que cerraba el periodo abierto por otro decreto, firmado un lustro atrás. Si “cambiar para que nada cambie” era la máxima practicada por los intelectuales orgánicos de la vallistocracia, también era la divisa de la facción vencedora de diez años de revolución; la presencia en el estado de Manuel García Vigil, primer gobernador oaxaqueño de la era obregonista, era una muestra clara de que los nuevos personeros del estado-nación estaban dispuestos a ceder parcelas de poder a los grupos regionales, pero no a permitir más movimientos como el de la soberanía, el cual para estas fechas era ya historia.



Y en esas condiciones se inicia la década de los veinte; pero eso es tema de otra investigación.



Fuente: *La Revolución en Oaxaca, el movimiento de la soberanía, 1915-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto de Investigaciones Sociales, 1986, p. 132-135. (Sección de obras de Historia). Recuperado de Margarita Dalton (compiladora), *Oaxaca. Textos de su historia*, t. IV, Gobierno del Estado de Oaxaca, Instituto Mora, 1997, p. 329-334.

